

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de la Voz del Tajo. Nº 18. 6 de Octubre de 1.984

SUMARIO

- Los efluvios del Parnaso, por José Pedro Muñoz (pag. I)
Cartas de un bravucón, por José del Saz Orozco (pag. II)
Una fábula roja, de José M. Souza Sáez (pag. III)
Una plana de siete décadas (pag. IV)

Revivalismo romántico y "Kitsch" (1)

Los efluvios del Parnaso

POR JOSÉ PEDRO MUÑOZ

Cangiata a vera Amore
Psiche in farfalla, e un giorno
Alla sua face intorno
La vida incauta errar...

de "Anacreonte novísimo"
Angelo María Ricci

Se dice que cuando el arrebatado y neogriego, Lord Byron posó para el apacible escultor y falmante *Biedermeier*, Bertel Thorwaldsen no quedando aquél contento con el busto, exclamó "Esta no es mi expresión, yo tengo un aire mucho más desdichado". Nada más opuesto al enardecido espíritu militante de Byron que aquel retrato del artista romántico que perdió su vida en los campos de batalla de Grecia. La clave patéticamente heroica de la vida del artista, traducida al lenguaje no menos heroico, pero sí doméstico, del gusto burgués de principios del Ochocientos, pudo haber hecho gritar al Lord: "¡Traditore!", mientras Thorwaldsen, mucho menos preocupado por los acontecimientos griegos que por la propia sensibilidad ar-

queologista de la moda, sería aquella misma tarde proclamado "Hijo de Dios", indolentemente, por Luis I de Baviera y sus amigos, y coronado de laureles en la taberna del capitán Raffaele Anglada, en Ripa Grande. Tan lejanas esferas no podían dejar de entrar en conflicto: un Thorwaldsen, cuyo "León de Lucerna" se muestra dormido sobre las lanzas y los escudos guerreros, difícilmente podría retratar al Byron inflamado a quien posiblemente Delacroix hubiera incluido de buen grado en su "Grecia expirando en las ruinas de Missolonghi". A principios de siglo, el indefinido romanticismo, muy teñido de tintes neoclásicos tan epidémicos como novedosos eran sus propuestas, aún poseía una cierta coherencia interna que subrayaba por debajo de sus disensiones. Y un Byron desolado, llorando la pérdida de la Patria, pintado por Delacroix sobre el apacible fondo de una Atenas destruida y silenciosa, sin sangre que nos hablase de la gran tragedia, pintado por Arnold Böcklin por buscar entre el *Sehnsucht* un parangón pictórico válido de Thorwaldsen, de existir este expirando, nos daría la

forma precisa de dicha coherencia, si no fuese también porque Böcklin y el *Sehnsucht*, del que el pintor citado no es precisamente "L'Astre", son ya otra forma de romanticismo, evasivo y segundón, que floreció en la segunda mitad de siglo. Pero me permito la trasposición porque este nuevo gusto romántico adolece en bastantes aspectos de ciertos resabios inevitables asimismo al considerar el tono clasicista de Thorwaldsen, tan superficial como profundas eran sus concepciones *Biedermeier* de la escultura. Y porque a Lord Byron, sin duda, le habría encantado. También fue una lucha evasiva para muchos otros románticos la gran Cruzada por la Libertad de Grecia: liberales, apátridas vomitados por el proceso de la Restauración, estetas irredentos luchando en nombre de una cultura tan antigua que les podría parecer odiosa, tanto más cuanto no se trataba de aquella dorada Edad Media tan añorada, sino la patria del lenguaje de académicos y alejandrinos. Y Byron, heredero de la tradición inglesa del "Grand

(Pasa a la pág. 11)



Delacroix, "Grecia en las ruinas de Missolonghi"

(Viene de la pág. 1)

Tour", dejó primero su firma grabada a cincel en una de las columnas del templo de Cabo Sounion, como un turista más, y su vida en la batalla de Missolonghi, después. En todo ello podemos intuir, más que advertir claramente, un proceso de ilógica dialéctica, de mundos interesantes expuestos a un vertiginoso devenir histórico, y con algunos toques de cierta mecánica de la estética contemporánea que filósofos alemanes convinieron en llamar *Kitsch*, hacia Mil novecientos treinta.

EL SUEÑO HELENICO

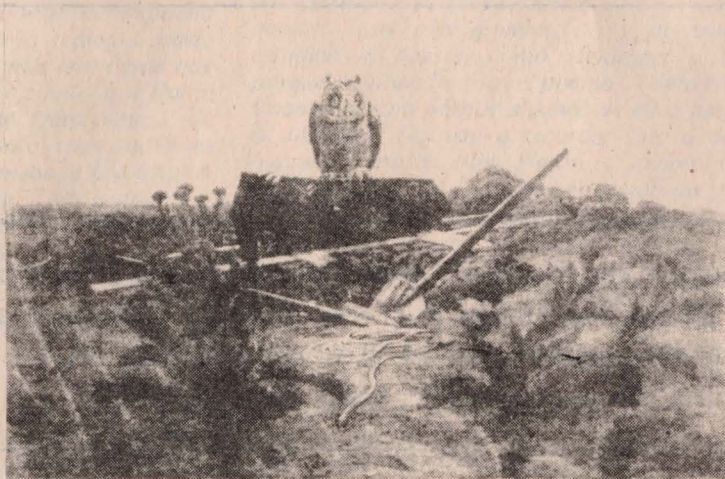
Sin duda, la independencia griega era la válvula de escape tanto para unos como para otros: para los tempestuosos románticos incapaces de conducirse exitosamente, y más grave aún, libremente, en los países dominados por reaccionarias monarquías; para los nacionalistas liberales que, tras sacudirse la denominación napoleónica, soñaban con una Italia y una Alemania unidas; para los turbulentos franceses defraudados por el éxito y el fracaso del Imperio; para los plácidos ingleses, tan "a la mode", por un lado. Y por el otro, para todos aquellos que contemplaban el panorama europeo no sin cierto temor y cansancio: para aristócratas y burgueses que veían peligrar su estabilidad en Francia, para cortesanos y propietarios austríacos, para sus favorecidos en los reinos y principados italianos y alemanes, y en general, para todo el mundo de la Restauración, incluía la propia Corona Inglesa, que veía en Grecia un tapón imprescindible para cortar los pies a previsibles peligros orientales en el Mediterráneo. Pero si realistas eran las motivaciones de esta otra facción, se adornaban de imposibles mundos de ensueño, en una algodónada estética evasiva, cuyos intérpretes no eran los sufridos combatientes nacionalistas ni sus masacradas familias, sino Feno y Las Musas. Una "fuga hacia lo irracional, como fuga hacia lo idílico de la historia, en la que prevalecen las convenciones consolidadas", diría Hermann Broch; y si los nacionalistas y liberales ponen en peligro la autonomía del sistema de creación artística, al introducir un elemento dogmático, en este caso la fe política, —lo cual ya es un resorte *Kitsch*, en un momento en que dicha autonomía aún no es el centro de los debates sobre Estética—, éste guarda aún esa racionalidad que el *Sehnsucht* disolverá en un reaccionario y paradisiaco, además de rezagado, plantel neogriego, esta vez sí, genuinamente *Kitsch*.

Psique, convertida por Amor en mariposa, vino un día a estrellarse contra su rostro. El gusto neoclásico se perpetúa desde el estilo Primer Imperio hasta la ecléctica debacle *Fin de Siecle*. Pero llega allí confundido entre contractuales neblinas, visiblemente acartonado. Comparando ambos, en palabras de Mario Praz, "se observará inmediatamente la diferencia entre el esfuerzo de los primeros en ofrecer como presencias reales formas que encarnan un metafísico ideal de belleza, y el posterior intento de rodear de una atmósfera de

sueño unas formas de las que participan el común de los mortales": es el opio clásico, *le rêve h'ellénique*. Consideremos los versos de Angelo María Ricci, o los de Foscolo entresacados de la *Ode a Luigia Pallavicini*:
*I balsami beati
 Per te le Grazie apprestino,
 Per te i lini odorati
 Che a Citea pergeano
 Quando profano spino
 le punse il piè divino (...)* donde encontramos a Amor y a las Gracias conviviendo en la estancia de la hermosa dama, como realmente ocurría en el dormitorio de una mujer acomodada en el tiempo del Primer Imperio: decoraciones pompeyanas, númenes coronando la cabecera de la cama, o sirenas soportando el lavabo. Quizás Foscolo sea lo bastante alejandrino para que acercarlo al sentido *Biedermeier* sea un tanto arriesgado; Ricci reflejaría mejor este carácter. Pero era precisamente rectitud clásica, rigor romano, el que reivin-

dicaba Giosué Carducci, ya pasada la mitad de siglo, y siguieron reivindicando gran parte de la crítica y aquella *gioventù fascista* que le convirtió en espejo de virtudes nacionales hacia los años treinta. De algunas composiciones de juventud, clasicistas inflexibles, surgidas en torno a su actividad antirromántica en el círculo de "Los Amigos Pedantes", se toma en la Italia fascista al poeta como al cantor de la pureza viril e imperial de la Patria, de la Roma Eterna, no sin la colaboración de ciertos críticos tendenciosos. Pero su verdadero y voluminoso aporte poético raya el agobio, a base de insípidas deidades encuadradas con una efectista teatralidad, en una naturaleza parnasiana:

*Ti rapirò nel verso tra i sereni
 Ozi de le campagne a mezzo il
 giorno,
 Tacendo e rifulgendo in tutti i
 seni
 Ciel, mare, intorno,*



Caspar David Friedrich, "Paisaje con sepulcro, féretro y búho"

*lo per te sveglierò da i colli
 apprichi
 le Driadi bionde sovra il piè
 leggero
 E ammiranti a le tue forme gli
 antichi
 Numi d'Omero (...)*

y éste es el poeta que, según Arturo Marpicati, "no hacía concesiones a exotismos de ningún tipo".

ARNOLD BOCKLIN,
 EL CAMALEON

Muy acertadamente ha hallado Mario Praz en Arnol Bocklin un parangón plástico de Giosué Carducci. Pero una atenta revisión de los pasos dados por el pintor suizo podría arrojar mucha más luz sobre un estilo tan ecléctico y ultramontano que se puede tachar de *Kitsch* sin reparo alguno. Nacido en Basilea en 1.827, vivirá en Roma el largo período de 1.850 a 1.857, donde contraerá matrimonio, después de haber vivido en Bruselas, Amberes, Zurich, Ginebra, y constatóndose su presencia en París en 1.848, de donde tiene que huir tras los sucesos de Julio. Como romántico y revolucionario participó en las barricadas parisinas, y su acusada germanidad inicial, le hacía concebir un paisaje sobrio, de anchas perspectivas, y simbólico a la manera de Caspar David Friedrich. Volviendo a Alemania en 1.857, dos años más tarde, su "Pan en el rosal" atraerá la atención del público. Mientras anteriormente se consideraba un mal apreciado pintor, que subsistía gracias a algunos retratos encargados, merced a una obra en la que los símbolos se esteriotipan en un dulzón

sátiro, llenando a la vez el paisaje del elemento anecdótico, consi-gue el mecenazgo del Conde Schack, y gana una plaza de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Weimar. Y su consagración definitiva, en una nueva vuelta a Italia en 1.862, vendrá una ocasión de una nueva obra de cariz arqueologizante: su "Villa al borde del mar", realizada tras el deslumbramiento que sintió al visitar Pompeya y Nápoles. El pintor cuyo primeros cuadros poseían el sentido casi peligroso del paisaje que caracterizó la escuela alemana de la primera mitad del siglo, va destiñendo su carácter emblemático nacionalista, y perdiéndose entre las bagatelas de la *divina antiquité*. Volverá triunfante a su ciudad natal, llenándose de encargos provenientes de instancias tanto particulares como comunales. Tal es la devoción burguesa que suscitarán sus escenas mitológicas, que los prolíferos reproches a la acidez de sus colores, se convirtieron en alabanzas al "genuino sello individual" en que se traducían dicho achaque. ¿Cabe esperar mayores sorpresas en este juego de camaleonismo estético? Sí, y fuertes, como ahora veremos.

Friedrich, el gran maestro alemán de la primera mitad del siglo, había reflexionado en diversas obras que jalonan su producción, sobre el tema "Muerte, Caducidad y Sepulcro". Sus visiones fantasmagóricas de las ruinas de monasterios góticos que se alzan sobre la nieve con una potencia dórica —la fuerza de la Nación Alemana resurgiendo de su eterno pasado— sirviendo de

(Pasa a la pág. III)

Cartas de un bravucón

JOSE DEL SAZ-OROZCO
 Abogado y Ferroviario

Galapagar, 5 de Septiembre 1.984

Querida M. B.: no resisto la tentación de escribirte y aquí estoy, apasionado. Otra vez te imagino, vehemente y cordial, apresurada en tus modos, ononda con tus oropeles y tus sandalos, obesamente esbelta, fielmente taimada, dulce como un bollo..., en fin, ya ves que me deshago y deshago en tí.

He estado en un concierto y tengo que contarte, M. B.; pues en medio del musical contraste se me ha ido el santo al cielo. Liadísimo estaba cuando escuché "La vida secreta de las plantas" y repentinamente he recordado —como un fogonazo de mi fiel locomotora— el aspecto feliz que ofrecen las plantas, las cosas y los insectos, los animales, los vientos, el cosmos todo, los planetas y los electrones, la vida unicelular, los espíritus que nos abandonaron y quizás vuelvan.

Posiblemente tú, paloma de las trenzadas barbas, que me desollas el alma con tus renuncias, con los contados mensajes que casualmente me mandas ¿no sabes que por ello estoy desconsolado?

Sí, querindonga mía, excepto la humanidad, todo lo demás funciona. ¿Viste alguna vez a un animal maltratar, matar, a sus

semejantes? ¿Viste animales pobres? y la cara que tienen de felices; ahí tienes a mi gata: como una reina.

Gorda mía ¿a caso no intuyes como giran y giran los planetas?, entre ellos hay un orden que no existe en nuestros corazones.

Así, trompo mío, me he ofuscado y perdido la mitad del concierto, intentando poner orden en una madeja de siete cabos. Vamos, que me siento como un arcángel si apareces tú, como una virgencita de antaño, en el altar de mis sueños.

M. B., se me ocurren unas cosas que no me entero donde está el apeadero y me tengo que bajar en una nube. Menos mal que a tí tengo, que eres una nube de carnes magras.

Hablando de magras, he preguntado a D. Venancio, como te prometí, por el medicamento que me pediste y dice que no lo hay, pero que ha salido uno nuevo que se llama "Senostén". Cree que irá muy bien a tus creciditas mamarías. De todas formas ya te he dicho otras veces que te compres unas buenas bañeras, que los remojos fríos son extraordinarios. La verdad es que eres un poco pesada con todo eso, ya sabes: nada de complejos, lo único que se consigue es fatigar el espíritu. Tú no

te preocupes, boba, que tienes quien te quiera, lerdá

Me ofusco y te digo unas cosas horrosas, pero es que me encandilo, reina. Ya sabes que me va la marcha.

Cuando me conteste dime lo que haces, si entras, si sales, con quién vas, que nunca me dices nada y yo sufro. A ver si me voy a llevar un desengaño. Aunque sé que no.

He visto a Valdilucho, ahora que me acuerdo, y dice que te vio. Sigue con la cara de conejo de siempre, con esa sonrisa de terrateniente que tanto me altera el bazo (que sabes me rompí cuando joven, de un pelotazo).

Yo en realidad lo hago por la hermana, que tiene cara de mujer y me mira a los ojos, como hacen los hombres que se precian de ambiguos en su mirada.

He estado con Vincenza, la italiana de Firenze. Está encantada, dice que te mandará las sedas para tus pasamanos. Tú puedes enviarle unas pasas de Corinto, que parece algo histórico. Desde luego es de agradecer lo que está haciendo por tí. Agua pasada no mueve molino, pero alegre el camino, y bien es verdad, tú, tan cerquita del Tajo, con tus mieses, tus perdices, tus estupideces que yo adoro.

Gordullosa mía, me avisa el factor que vamos a salir. Parto pronto para Pamplona. Te enviaré polvorones, bombones vasquitos y pastillas nesquitas. Te besa las barbas tu bravucón.

pepe.



Los folletines de **LAVOZ**
del Tajo

Una fábula roja

José M. Souza Sáez tiene varios libros publicados en italiano, siendo el más importante "El canguro que sabía tocar el biolín", premio a la crítica en Italia. Especialista en literatura infantil, ha sacado recientemente de las prensas "El laúd y el reno azul" de la editorial "La colmena".

"La cereza que no quería reírse" supondrá para el lector un breve cuerpo hecho de sabias notas sugerentes, ideales para entrar al sueño o a una certera satisfacción.

LA CEREZA QUE NO QUERÍA REÍRSE

—Soy Losdemás y te lo estoy diciendo a tí. Sí, sí, a tí que miras a tu alrededor unas veces con lástima y otras intentando comprender dentro de tu filosofía... ¿Te has fijado alguna vez en una cereza? : es como una pupila roja, elegante por su color y brillo; lo desafía todo y trata de dar al mundo un porqué generalizador acusándolo en la perfección de sus líneas... Verás...

En el reino de las cerezas no había más que máquinas, papeles, ambiciones, fracasos, experiencias de inexperiencias e inexperiencias de experiencias, es decir: juegos de palabras, gramática popular con la que las cerezas trataban de

comunicarse, pero se entendían porque eran del mismo color y recibían la misma luz, aunque, claro está, no en el mismo sentido: los brillos las hacían resultar agradables o desagradables: estaban en el mismo árbol y el verde de las hojas jugaba un papel importante como decorado de fondo: el árbol era su planeta y se componía de una organización histórica, donde también había máquinas para triturar cerezas, sin embargo ellas se reían hasta el extremo de crear una hendidura en su piel...

—¿Te acuerdas? Un día apareciste con un jersey rojo y una camisa completamente verde de la que dejabas ver el cuello. Parecías una cereza, pero precisamente la que no quería reírse.



Entre todas aquellas drupas había una que no estaba marcada en su mitad, no se reía, inunca se había reído!, pese a ello dejaba que las demás se rieran, ¿por qué no?, ellas reían sin saber por qué, ni para qué, ni de qué... Y ellas distinguían claramente todos los "qués":

—Porque de lo contrario no tendrían con qué engañarse

—Para que creyesen que

eran felices, y que nada les servía de nada.

—Ya sé que tú te ríes y que tus dientes son sanos: sólo con ellos te ríes porque no necesitas mentirme, porque puedes ser esa cereza....

Un día la cereza se dió cuenta de que era completamente redonda, de que le faltaba esa raya que produce sombra y crea dibujos con el sol y las lámparas. ¿Que pue-

do hacer para que no me descubran? —se preguntó varias veces— ¡Trazaré mi propia raya! . ¡Una raya elástica que aparezca y desaparezca a mi libre conveniencia! , pero ¿cómo puedo lograrlo

Tú tienes ya una gran parte de esa raya: sabes aceptar a tus semejantes. Por eso yo, Los demás, te acepto a ti, pero sin elasticidad... Te acepto frente a frente, dentro de tu soliloquio de miradas, asomándome clandestinamente a tu vida interior...

—Ya sé lo que haré: demostraré que puedo conseguir la marca de todas las cerezas, pero que no la necesito para vivir.

—¿Sabes lo que hizo nuestra cereza? : reírse de las risas y así consiguió su "raya elástica".

—¡Ay, cereza, quien pudiera reírse de las risas, ser colorada y completamente redonda! . Yo soy amorfo, y recojo todos los colores y al mismo tiempo soy todo lo que está contigo y lejos de ti a cada momento... Te saludo, cereza, y no olvides que me llamo Losdemás.

José M. SOUZA SAEZ.

(Viene de la pág. 11)

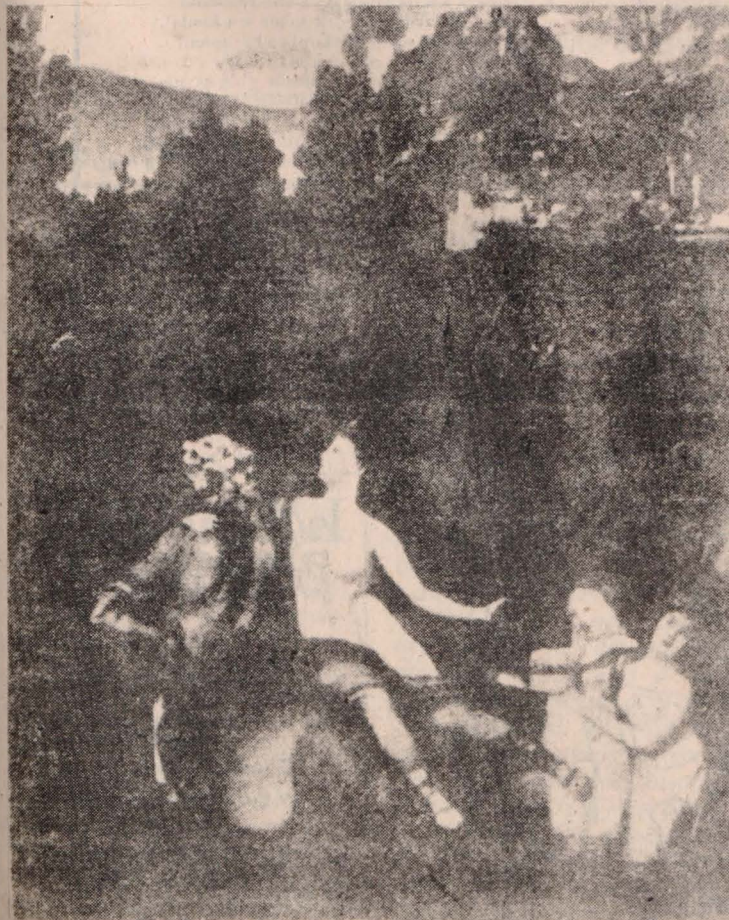
escenario al cementerio monástico por el que discurre el sepelio de un monje, como en su "Abadía en el Robledal", de 1.808, o su "Cementerio monástico en la nieve", de 1.819, son antológicas, en ellas une al sentimiento del paisaje, la impronta de una

profunda meditación sobre la muerte, entendida como "esa puerta que lleva a la Vida". Por eso Friedrich pintó más puertas de cementerios que interiores cuajados de cruces, pero cuando en los últimos años de su vida, siente tan próximo el fin, derrotado por la apoplejía que sufre,

pinta unos desolados cuadros, en los que el paisaje se transforma en desérticas llanuras, ante las que dispone los lapidarios símbolos de la Muerte: el buitre, que posado sobre el ástil de la pala clavada en la tierra, mira al interior de la fosa recién abierta, en su "Paisaje con sepulcros", o su yermo "Paisaje con sepulcro, féretro y búho", ambos de 1.837. Volviendo sobre Bocklin, y quizá tras haber tenido una visión de su propia muerte, pinta en 1.869 su autorretrato, donde un esqueleto se le cuelga sobre la espalda, comenzando un profuso programa de cementerios, esque-

letos, guerras y Pestes, y si Marcel Brion pensaba que eran presentimientos de su inminente fin, vivió el pintor hasta la edad de ochenta años, dándose incluso la anécdota de las fiestas que se celebraron en Basilea con motivo de su setenta cumpleaños. Así, pinta nueve versiones de "La Isla de los Muertos", y tras volver a Italia, donde se afincó definitivamente en 1.874, sigue pintando este tema, pero introduciendo en él elementos lingüísticos de raigambre *Sehnsucht*, refinándolo paulatinamente hasta el punto que habrá de cambiar

el título para ser ahora "Los Campos Elíseos". De nuevo la luz del romanticismo lánguido confirmaba la línea negra de Bocklin como un juego a ser el heredero de la antigua escuela; un auténtico camaleón. De hecho, sus visiones lúgubres jamás fueron comparables a la elegante profundidad de Caspar David Friedrich: la mirada hacia los hitos de la cultura autónoma, debido a la falta deliberada de originalidad, tan propio del *Kitsch*, convirtió aquellos destellos en convenciones a utilizar, estereotipos culturales, con los que construir macabros remedos.



Arnold Böcklin, "Los Campos Elíseos" (Detalle)

Núm. 5.—Saboneta (dos tapas y guardapolvo), remontoir, 19 líneas, extraplano, canto facetado y grabado fino. Ptas. 275
Garantía por 5 años

Núm. 6.—Saboneta (dos tapas y guardapolvo), remontoir, 19 líneas, con ricos grabados. Ptas. 350
Garantía por 5 años

70 AÑOS TIENE ESTA PAGINA

• NUEVO MUNDO •



En el número 1.070 de la revista "Nuevo Mundo" correspondiente al mes de julio de 1914, apareció esta página encantadora, dedicada con integridad a la poesía.

Hoy es raro ver una plana de éstas en una publicación actual, un recuadro tan lleno de candor y de especialísima deferencia a la obra de los poetas. Reivindicamos tales tratamientos.

Hoy, la MUJER BARBUDA rescata tal preciosidad, con la intención de llevar a sus lectores a esos otros sosegados tiempos, con la intención de proporcionar un buen regusto, que nunca viene mal.

Los jardines de la noche

Las ventanas cerradas, silenciosas y oscuras, parecen misteriosas filas de sepulturas. La gran ciudad burguesa reposa. En los balcones la luna va prendiendo sus azules festones. Dentro la vida es dulce, y es honrada y es buena; se deslie un olor jocundo de alacena en el ambiente manso de hogareños aromas; el sueño es regalado y tranquilo entre los finos lienzos que guardan el olor de las pomas del accón familiar. ¡Alabado sea Dios! Es la vida egoísta y medrosa, que acaso cierra las puertas de su bienestar al paso del montón haraposo, lacerado y hambriento, que pasa perseguido por los lobos del viento. Los jardines nocturnos son un lugar propicio para aquellos que nadie aguarda en parte alguna, que saben de las horas vacías el suplicio y es su único caudal el disco de la luna. Lamentables y pálidas ramerías sin fortuna, que tienen en sus besos hálitos de hospital, vagabundos, mendigos, la triste poetambra hijastra de las Musas, nautas de lo casual, reinas de los tugurios y archiduchas del hambre. ¡Oh, ese lento suplicio de las horas pasadas, sin asilo ni amor, en la noche inclemente, y al dormir torturado, que el rumor de la fuente finge un vago y medroso murmullo de pisadas! ¡Oh, los perros errantes, únicos compañeros a quienes nuestros sórdidos andrajos no desdoran, y cuando nos contemplan con ojos lastimeros y humildosos, parece que comprenden y lloran! ¡Oh, el dolor de la vida negra que gime y calla, galeates de una eterna cadena fementida ante los que pensamos: Y era triste camalla, ¿por qué no tiene el gesto de quitar la vida? La luna, melancólica, sobre el negro ramaje, va prendiendo los hilos de un fantástico enredo. ¡Oh, jardines nocturnos! Bajo de vuestras frondas pose mi frente en unos senos tersos y blancos, en las noches erentes de tristezas muy hondas, en que eran suave lecho de amar los duros bancos. ¡Oh, luna compasiva que ilumina la inerte horda de fracasados, tristes y claudicantes, que se hacina en los quicios mientras abre la Muerte en sus alas las negras alas alucinantes! Y mientras los dichosos en lecho regalado murmuran beatíficos: — El señor sea loado!, abajo, en el arroyo, el enambre harapiento, sin asilo ni amor y con el alma rota, comprende intensamente que la vida es un cuento absurdo, recitado por un histrión idiota. Es alta noche, suena la voz de una campana como un eco de ensueño de una ciudad lejana; y dentro de las almas que aún entre sueños gimen, susurra sus consejas tenebrosas el crimen. Pobres almas que al ver lucir el nuevo día dirán: — A qué seguir viviendo todavía! Y bajo el cielo mudo al humano dolor — luz doliente de angustia, de vejez y laceria, — mas humana y más dulce, funde todo este horror, en un inmenso abrazo de piedad, la Misericordia.

NUESTROS POETAS

Serenata póstuma

Cantan en mi jardín, ¡qué voz doliente dice bajo el balcón su serenata!... No veo a nadie en el jardín. La fuente sigue vertiendo su raudal de plata.

Entre los negros árboles hay sombras, como blancos fantasmas, y la luna extiende por el césped sus alfombras argentens. Caen las hojas, una á una, como si fuesen mariposas muertas despues de alzar con ilusión su vuelo hasta la misma luna, á cuyas puertas quemó sus alas una luz del cielo...

¡Oh, voz, que cantas con melancolía, yo te escuché otra noche, ya lejana, y era la misma aquella melodía que dices hoy al pie de mi ventana. Son tus frases alondras anhelantes que van volando en pos de lo imposible, impulsadas por fuerza irresistible, desfallecientes, casi agonizantes...

¿Por qué vuelves, Amor, tras larga ausencia á mi triste jardín, ya sin fragancia? ¿Se deshojó la flor de mi inocencia al viento arrollador de tu inconstancia!...

Yo te esperé creyente, presentín que habías de volver; pero pasaban vanamente las horas, día á día, y mis nardos de fe se marchitaban... Pasó mi juventud, ¡oh, primavera de la vida!... Rosales de ilusiones, uno á uno los años desfloraron. ¿A qué vuelves, Amor, si no te espera mi viejo corazón?... Ya las pasiones no existen para mí, ¡también pasaron!...

Goy de Silva

Arcadia de ensueño

¡Vivir lejos de esas tempestades que acumulando envidias y rencores enjendran en su seno las ciudades con sus luchas de esclavos y señores!

¡Ver sin humos de fábricas el cielo y sin remordimientos la conciencia... Aire que respirar, y un arroyuelo en cuya cristalina transparencia pueda purificarse de todo anhelo lo más inmaterial de la existencia!...

Un cercado en el campo, con frutales, una fontana y pájaros y flores... (¿Cuándo en fragantes bosques de rosales volverán á cantar los ruiseñores?)

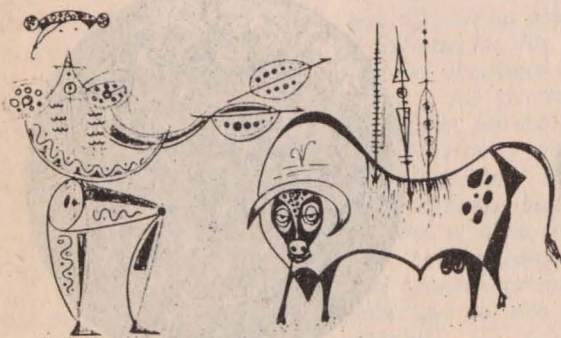
¡Y en medio del jardín, bajo el florido ramaje secular que la sombrea, una casita rústica que sea tan pequeña y tan blanca como un nidol!...

(En las claras y espléndidas mañanas de un perfumado Abril, ¿qué manos finas descubrirán las húmedas persianas, para que entre repiques de campanas y un alegre trinar de golondrinas, entre el oro del sol per sus ventanas?...)

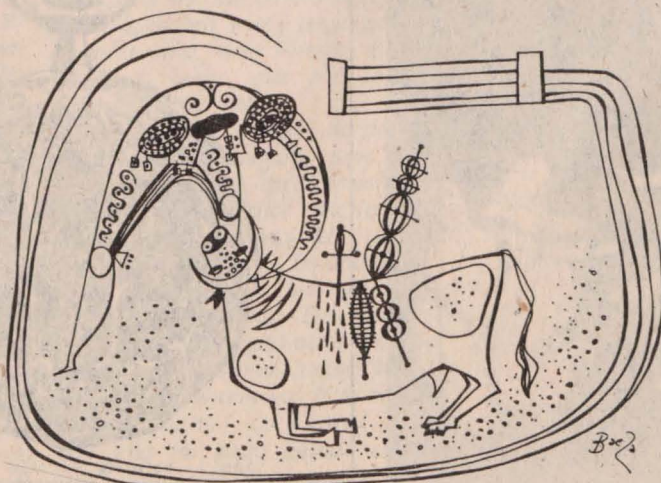
Y dentro de la casa: orden, limpieza y paz, y olvido del humano lodo... ¡Y tú, que como Dios, estás en todo, perfumándolo todo de belleza!

Francisco Villaespesa

Emilio Carrère



Las banderillas



El adorno

LA MUJER BARBUDA

Dirige:
José Antonio Casado

Coordina:
Damián Villegas y
Amador Palacios

Correspondencia: Redacción
de Toledo de La Voz del Tajo,
Barrio Rey, 9